

Literatura y revolución: la teoría autonómica de Cortázar

Rogelio Demarchi

Universidad Nacional de Córdoba

1. Como ha escrito Claudia Gilman [2012 (2003): 58-59], en los años 60, no fueron pocos los escritores latinoamericanos que, a la sombra de la Revolución Cubana, adoptaron una posición intelectual cuya legitimación les llegó precisamente por esa adhesión a la izquierda: la noción del “compromiso” fue tempranamente justificada por la convicción de que “el intelectual podía y debía convertirse en uno de los principales agentes de la transformación radical de la sociedad”.

A poco de andar, mientras muchos artistas se resistían a aceptar su subordinación a los dictámenes de los partidos comunistas—escudándose en la crítica al stalinismo—, subordinación que algunos otros promovían, por supuesto, surgió la discusión sobre la diferencia entre un “intelectual comprometido” y un “intelectual revolucionario”: el comprometido avala el reformismo, se dijo; sólo el revolucionario apoya la revolución...y apoyar la revolución quería significar el abandono de “la máquina de escribir y empuñar el fusil o, al menos, abandonar el goce estético para un futuro en el que la revolución triunfante socializara el privilegio de la cultura” (ídem: 160-161).

Esta tensión, para Gilman, se salda en 1968, en medio del “caso Padilla—primera parte”, cuando se produce lo que ella denomina el “giro antiintelectual” de la Revolución Cubana: el intelectual deja de ser considerado la conciencia crítica de la sociedad; y sólo se admite como intelectual a quien acepte la superioridad de la dirigencia política.

Uno de los escritores-intelectuales que fue protagonista de esos años es Julio

Cortázar. Me propongo analizar su singular defensa de la autonomía del intelectual, capaz, por ello mismo, de revolucionar la revolución con su palabra.

Antes de comenzar, vale advertir que en la obra de Cortázar la relación entre poética y política es tan profunda como compleja. Sin embargo, la crítica literaria la ha abordado poco, de manera parcial y defectuosa. Por razones de espacio, para poner unos pocos ejemplos, la famosa hipótesis de Juan José Sebrelli [1990 (1964)] sobre el antiperonismo presente en sus ficciones desde la fundacional “Casa tomada”, ha sido desvalorizada sin argumentos de peso hasta no hace mucho por críticos como Carlos Gamerro (2007) y Alejandro Dulitzky (2010). Con todo lo que ha crecido el *corpus* cortazariano tras su muerte, en especial con la publicación de sus ficciones inéditas de los años 40/50 y su correspondencia, se puede observar, por el contrario, que su antiperonismo fue cobrando distintas características en sus narraciones con el paso de los años y las vicisitudes de la crisis política argentina (Demarchi, 2015.a).

Ahora bien, incluso entre quienes reconocen una cierta influencia de su antiperonismo en su poética, como Carolina Orloff (2014), se establece la siguiente “evolución política”: Cortázar deja de ser el “pequeño burgués antiperonista” cuando se convierte en el “intelectual socialista comprometido”. En su error, Dulitzky (2010: 11) ha sido muy ilustrativo del problema: como *incomoda la aparente incongruencia* política de Cortázar—un argentino no puede ser antiperonista y al mismo tiempo estar comprometido con la Revolución Cubana—, hay que buscar la manera de resolverla. No verla, pasarla por alto o menospreciarla no la hace desaparecer: sigue estando allí de principio a fin, hasta en ficciones en las que Cortázar busca responder a la teoría de la subordinación política de la literatura que emanaba de Cuba, como es el caso de *Libro de Manuel*, donde uno de los protagonistas adapta a los signos de los años 70 el discurso antiperonista original.

Por lo tanto, en este artículo he privilegiado la presentación y análisis de la mayor serie documental posible —para que se pueda percibir tanto la convicción de Cortázar a favor de la autonomía literaria como las circunstancias en las que renuncia a ciertos elementos vitales para su planteo— y he relativizado la discusión punto por punto con la bibliografía disponible (a la que, de todos modos, cito cuando es necesario para ejemplificar las diferencias con mi lectura).

2. El estudio de Gilman [2012 (2003): 194 y 195] demuestra, en realidad, que «la pregunta acerca de qué significa servir a la revolución como hombre de letras» estuvo presente desde 1961, cuando Fidel Castro pronunció su famoso discurso denominado “Palabras a los intelectuales”, “un discurso completamente ambiguo, que tanto podía plantear el mayor dirigismo estético como conferir absoluta libertad para hacer el arte que se quisiera”.

Para Guillermo Cabrera Infante (1999: 49), en aquel discurso no hubo ambigüedad alguna: *P. M.* (1961), el documental de su hermano Sabá Cabrera y Orlando Jiménez Leal, «fue la primera obra de arte sometida en Cuba a acusaciones de índole política, llevada a juicio histórico y condenada por contrarrevolucionaria». Desde las páginas de *Lunes*, el suplemento literario del diario *Revolución*, que él dirigía, se organizó una férrea resistencia a la prohibición del documental, que contó con el apoyo de numerosos intelectuales cubanos. La respuesta del comité cultural del Partido Comunista fue invitarlos a una serie de reuniones en la Biblioteca Nacional en las que participó Fidel Castro, quien, a modo de cierre, pronunció ese famoso discurso conocido como “Palabras a los intelectuales”. “El resultado del proceso fue que el Instituto del Cine devolvió a los cineastas la copia incautada de *P. M.*, pero no levantaron su censura. *Lunes* también fue prohibido: tres meses más tarde dejaría de aparecer” (ídem: 76).

Entonces, la novedad que significó 1968 es que comenzaron a disolverse los lazos que todavía y a pesar de todo vinculaban a los intelectuales como tales con la Revolución porque se les impuso su subordinación política. A partir de ese momento, para decirlo con Gilman [2012 (2003): 207],

sólo podría llamarse *intelectual revolucionario* aquel que, guiado por las grandes ideas avanzadas de la época, estuviera dispuesto a encarar todos los riesgos y para quien la muerte no constituyera sino la posibilidad suprema de servir a su patria y su pueblo. El ejercicio de la literatura, el arte y la ciencia era un arma de lucha en sí misma, pero la “medida revolucionaria del escritor” estaba dada por su disposición para compartir las tareas combativas de estudiantes, obreros y campesinos.

En ese contexto, la libertad de opinión que conocieron hasta entonces ciertos escritores cubanos se restringió severamente y esa medida represiva causó víctimas: Heberto Padilla, por ejemplo.

Aquí es necesario recordar una serie de acontecimientos de ese año. Primero, que cuando se discutió sobre las cualidades de dos novelas cubanas que habían resultado finalistas del Premio Seix Barral, en España—*Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante, la ganadora, y *Pasión de Urbino*, de Lisando Otero (vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura), que quedó segunda—, Padilla se puso del lado de Cabrera Infante.

Segundo, que en los concursos literarios que anualmente convocaba la Unión de Escritores y Artistas Cubanos (UNEAC), el jurado de poesía votó por unanimidad a favor del libro de Padilla, *Fuera del juego*, algo que le cayó tan mal a la institución auspiciante del premio que dejó expresamente asentada su discrepancia al publicar el libro¹.

¹ Vale recordar que UNEAC también cuestionó al jurado que premió a Antón Arrufat

Tercero, que Otero, en la reunión anual de escritores en Cienfuegos, a principios de noviembre, “anunció que no habría lugar, en Cuba, para quienes intentaran promover ‘salidas a la checoslovaca’ [referencia a la ‘liberal’ Primavera de Praga], en un comentario que también suponía una directa alusión a Padilla” [Gilman, 2012 (2003): 212-213].

Con esos antecedentes a la vista, una mesa redonda del 2 de mayo de 1969 formuló el principio de subordinación del intelectual, que significa “la aceptación de la superioridad de la dirigencia política y [...] de que el intelectual revolucionario es quien acepta, precisamente, esa superioridad” (ídem: 224). Eso elimina toda posibilidad de que un intelectual siga percibiéndose como la conciencia crítica de la sociedad, ya que ahora estamos ante una sociedad revolucionaria declarada *no criticable* por su dirigencia política.

3. Por supuesto, todo esto atenta contra la libertad reivindicada por Cortázar hasta entonces en los textos que explicitan su teoría sobre el vínculo del intelectual con la revolución.

La carta a Roberto Fernández Retamar, conocida con el título “Acercas de la situación del intelectual latinoamericano”, escrita en mayo de 1967, es el primero de esos textos. Allí busca tomar distancia de la denominación “intelectual latinoamericano” y, a su manera, prefiere definirse como “un cronopio que escribe cuentos y novelas sin otro fin que el perseguido ardorosamente por todos los cronopios, es decir su regocijo personal” (Cortázar, 2012.c: 412). Sabe, por supuesto, que eso es un juego, de modo que reformula la cuestión: él es un intelectual latinoamericano pero no habla (entiéndase: no quiere ser escuchado) como un intelectual latinoamericano, sino “como un hombre de buena fe, sin que mi nacionalidad y mi vocación sean las razones determinantes de mis palabras” (ídem: 412-413).

Es que, en el centro del problema, está la relación intelectual-nación: se supone que un intelectual comprometido tiene que estar inmerso en el proceso que vive su pueblo y actuar en pos de su liberación operando sobre el día a día, y Cortázar vive en Francia y no tiene la menor intención de volver a Argentina. Entonces, su discurso busca demostrar cuánto ha cambiado desde que vive en Europa y cuán importante puede ser su “visión des-nacionalizada” (ídem: 414).

En ese contexto deben leerse sentencias como esta: “De la Argentina se alejó un escritor para quien la realidad, como la imaginaba Mallarmé, debía culminar en un libro; en París nació un hombre para quien los libros deberán culminar en la realidad”

en teatro, y que a Casa de las Américas se le cuestionó el premio otorgado en el rubro cuento a Norberto Fuentes.

(ídem: 416). Más allá de que el punto de apoyo esté en la literatura francesa y no sea de fácil lectura, lo importante está en otro lado: ese “escritor nuevo” que vuelve a descubrirse latinoamericano y se declara instintivamente socialista —porque lo ignora “todo de la filosofía política” (ídem: 416)—, vuelve por Cuba, no por Argentina, porque sólo en ella puede vivir “el sentimiento maravilloso de que mi camino ideológico coincidiera con mi retorno latinoamericano” (ídem: 417). Así vale la pena sentirse latinoamericano, no en la ordinaria Argentina, aún extraviada en el callejón sin salida del peronismo, que sólo puede provocarle, tanto en los años 40 como en los 60, *encierra*, *abogo* y *asco*, tres palabras que aparecen no sólo en sus cartas de ese tiempo (*cfr.*, entre otras, Cortázar, 2012.a: 237-238; Cortázar, 2012.b: 199, 268, 306 y 523; y Cortázar, 2012.c: 221), sino también en las ficciones y los poemas antiperonistas escritos en esas décadas (por ejemplo, cuentos de *Bestiario* y *Final del juego*, y las novelas *Divertimento* y *El examen*, para la primera; y con alguna ligera variación, *Los premios*, textos y poemas de *La vuelta al día en ochenta mundos*, y “El otro cielo”, de *Todos los fuegos el fuego*, para la segunda; y hasta se puede considerar *Libro de Manuel*, de los 70) (Demarchi, 2015.a)².

En consecuencia, elige “seguir siendo un escritor latinoamericano en Francia” (Cortázar, 2012.c: 418) y propone que de la acción política se encarguen quienes saben de teoría política, mientras dejan la literatura en manos de quienes se han sumado a la causa revolucionaria por cuestiones afectivas, ya que la palabra del poeta puede transmitir y contagiar esa emoción que sostiene una elección política. Y si el militante político, o si se prefiere, el combatiente, necesita estar en terreno, pisar

² En 1955, con el derrocamiento del gobierno peronista, comienza una larga discusión política e intelectual sobre qué hacer con el peronismo. En cierta forma, esa discusión recién culmina en 1972-1973, con la rehabilitación conjunta y sin condicionamientos del peronismo primero y de Perón poco después, una vez que fracasaron los gobiernos de todos los sectores en pugna, los pro-peronistas y los anti-peronistas, tanto civiles como militares (Novaro, 2010). En ese contexto, hacia 1956 se inicia en el campo intelectual una reflexión sobre el peronismo que llevará a varios intelectuales a acortar distancias y a favorecer el diálogo entre la izquierda revolucionaria y el peronismo (Sarlo, 2001).

A la posición de Cortázar en ese tiempo se la puede señalar acertadamente con las cartas que escribe en marzo de 1962, desde Buenos Aires, donde está de visita. En esa fecha, hubo elecciones provinciales y el peronismo se impuso en varias provincias, lo que llevó al presidente Frondizi a intervenir justamente esos distritos, pensando que así detendría las presiones militares contra su figura, lo que no sucedió; por el contrario, los militares terminaron con su gobierno a fines de ese mes. Cortázar le escribe a su amigo Eduardo Jonquières: “O sea que pasó lo que tenía que pasar. Les dieron 6 años para rehacerse, les permitieron la propaganda más desaforada, y hace dos días los peronistas le han puesto a Frondizi la tapa de su vida. Como ya sabrás, intervención a 5 provincias, y todo lo que sucederá mientras esta carta viaje o se pierda en un buzón junto con puchos, escupidas y boletas de la UCRI [Unión Cívica Radical Intransigente, el partido de Frondizi]. Yo, en cuanto miembro de una capa oligárquico-liberal-pequeñoburguesa-intelectualona de la R. A., me siento asqueado por este retorno de la masa sudorosa. El mismo yo, en cuanto observador objetivo, creo que esto es una *vuelta a la normalidad* y a la *verdad* de la susodicha R. A., o sea que la tal R. A. es peronista, o militarista, o pancista, o escapista, y que nosotros flotamos, pobres surplus de corcho, en el generoso y fecundo mar de mierda que constituye nuestra patria. Amén”. Dos párrafos más abajo, agrega: “Te aseguro que no veo la hora de salir de aquí, una vez más me siento acosado, encerrado” (Cortázar, 2012.b: 268).

el suelo de la nación, el poeta necesita estar en las nubes, levantar vuelo, tomar distancia.

Con todo, una serie de cartas escritas bajo el impacto de la muerte de Ernesto Guevara en Bolivia, demuestran que Cortázar pierde momentáneamente esa convicción y trata de reconstruirla angustiosamente.

Su famoso poema “Che”—“Yo tuve un hermano / que iba por los montes / mientras yo dormía” (ídem: 517-518)—establece una comparación culposa y curiosamente antiintelectual entre “él” y “yo”: “yo” estaba cómodamente instalado en su *casarita*, mientras “él” se jugaba la vida y la perdía por “yo”, que se dice su hermano.

Pocos meses más tarde, en febrero de 1968, a su amigo Jean Thiercelin le escribe que no se incorporará a una guerrilla—no tomará el fusil—pero que su contribución tiene que representar “una operación análoga” en el campo de la literatura (ídem: 549). Su objetivo es ser *el Guevara de las letras*, escribir de modo tal que sus textos lleven al lector a inscribirse en el campo de la revolución: “Y cuando digo revolución quiero decir también lucha armada, los ‘cuatro o cinco Vietnam’ que pedía el Che” (ídem). Claro que, de inmediato, surge la pregunta retórica que señala como un problema el ‘medio ambiente’: “¿Pero cómo conciliar esto con mi negativa total a hacer una literatura “revolucionaria” en el sentido en que lo entiende una parte de los cubanos? E incluso escribiendo con mi independencia de siempre, digamos movido por mi placer o mi ‘vocación’” (ídem).

La discusión cubana que Cortázar no explicita, probablemente porque el destinatario de la carta la conoce en detalle, se puede reponer así: el sector que propugna la subordinación de los escritores al proceso político entiende que tienen que escribir *para* la revolución, esto es, textos sencillos que puedan ser entendidos fácilmente por el público y que permitan asimilar el “imaginario” cultural, ideológico y moral que se promueve; lo que repone, en el marco de los años 60 y de Cuba, la discusión alrededor del realismo socialista impuesto en Rusia entre los años 20 y 30 contra las corrientes vanguardistas. Cortázar, con su negativa a plegarse a la demanda de realismo y su reivindicación de la autonomía literaria, sabe que se posiciona en el lugar de aquellas vanguardias. Y su obra va en ese sentido, no hablemos de *Rayuela*, que es previa a su adhesión a la Revolución Cubana, sino de *62. Modelo para armar* (1968), cuyo lanzamiento es simultáneo con estas cartas, o de *Último round* (1969), un libro increíblemente político que reproduce (una vez más) su carta a Retamar sobre el intelectual latinoamericano. En *Último round*, Polanco, personaje de *62*, compara a los burgueses con los comunistas para felicitar a los primeros y criticar a los segundos:

Un burgués venezolano, uno español, uno francés y uno de Arabia Saudita están mucho más unidos que un comunista chino, uno peruano y uno ruso. Estos serán todo lo comunistas que quieras, pero el más acérrimo

nacionalismo los separa para siempre. En cambio los burgueses tienen una sola patria que es la burguesía, y dentro de ella la distribución de los muebles es idéntica: aquí la guita, aquí la religión, allí la moral sexual, más allá la camisa a rayas. [Cortázar, 2009 (1969): II.152]

Una idea que Cortázar trabaja en este libro es que ser poeta y ser socialista es la mejor manera de no caer en la imbecilidad nacionalista. Pero eso no lo pone a salvo de las presiones de los cercanos, “sus correligionarios y lectores / (no siempre los unos son los otros)”, quienes cometen regularmente extorsiones “sentimentales y políticas” disfrazadas de reclamos de ‘compromiso’: “Llegará un día en que, más / que libros, le reclamarán discursos, / conferencias, firmas, cartas abiertas, / polémicas, asistencias a congresos, política” (ídem: II.189).

4. En defensa de la libertad, la autonomía y la pluralidad de los intelectuales, Cortázar y otros intelectuales “revolucionarios” radicados *fuera de* Cuba le envían una carta privada a Fidel Castro, a fines de 1968, reclamándole ciertas explicaciones sobre situaciones que estaban padeciendo algunos intelectuales que vivían *en* Cuba.

Con todo, Cortázar viaja a Cuba, a diferencia de un Vargas Llosa, que empieza a distanciarse de la Revolución. Casualmente, en enero de 1969, le reclama por carta que no haya viajado y le cuenta algunos detalles de su estadía: primero, admite que “llegué muy pesimista”; segundo, le adjudica a un “diálogo privado de tres horas” con Haydée Santamaría, fundadora de Casa de las Américas, el cambio de humor y de perspectiva, porque ella “me demostró que yo tenía mala información sobre muchas cosas y que desde Europa es demasiado fácil hacerse una buena conciencia a base de cables y protestas”; tercero, entiende que ese diálogo expresa que todavía es posible el intercambio de opiniones porque “yo le demostré que la culpa de la mala información la tenía la Casa [...] y también que era necesario reaccionar con mayor energía frente a la campaña de intimidación desatada por *Verde Olivo*”, la revista de las fuerzas armadas, donde se expresaba la posición defendida por un Lisandro Otero (Cortázar, 2012.d: 27). Por todo ello, la conclusión es positiva:

Nunca me arrepentiré de haber ido esta vez a La Habana, aunque mi hígado haya quedado como una criba; y volveré a ir si hay nuevos incidentes, porque es por ahora mi única manera de estar con esa revolución que, con todos sus vaivenes, me sigue pareciendo lo único que cuenta en estos años en América Latina. (ídem: 28)

Ese nuevo orden que adquieren las cosas, por cierto, lo lleva a olvidar que, cuando se sumó a la redacción de la carta a Castro, entendía que contaba con informaciones fidedignas, exactamente lo contrario a la mala información de la que habla ahora. (Estas vacilaciones cortazarianas son crónicas, tanto respecto de Cuba como de Argentina; para el caso argentino, véase Demarchi, 2015.b) A propósito, de aquella

carta a Castro no se dirá más nada. Con todo, en marzo, en otra carta a Vargas Llosa, Cortázar admite coincidir plenamente con él

en que la situación en Cuba tiene ribetes críticos de los que el caso Padilla no es más que uno de los aspectos salientes, pero que a pesar de todo eso nuestra solidaridad con lo esencial de la revolución sigue siendo lo mejor que podemos darle a Latinoamérica después de y con nuestros libros. (Cortázar, 2012.d: 38)

Léase bien ese *pero*: la conjunción adversativa restringe el valor de la primera cláusula—el acuerdo sobre los “ribetes críticos”—y realza su opción—seguir apoyando a la Revolución Cubana, pese a todo. Luego, reconoce que se está posicionando contracorriente, y que eso es peligroso: “la radicalización en Cuba es muy fuerte [...] sitúa a los escritores en un maniqueísmo cada vez más simplificante del que no puede salir nada bueno” (ídem: 39).

Estas son—hay que subrayarlo—las condiciones de producción de *Último round*. Mientras escribe y organiza los materiales, con fechas perentorias de entrega, trata de analizar la realidad cubana, de reconfigurar los vínculos con Casa de las Américas para no herir susceptibilidades, y de no quedarse solo frente a ese maniqueísmo creciente que lleva una compleja situación al filtro reductor del “adentro o afuera”, “blanco o negro”, “con Cuba o contra Cuba”.

La pregunta—lógica, inevitable, aunque sin respuesta—es hasta qué punto puede haber asociado la situación cubana con su vivencia de la Argentina maniquea de los años 40-50, donde sólo había dos opciones: con Perón o contra Perón.

En este caso, Cortázar intenta permanecer junto a la Revolución Cubana pero reivindicando su derecho a expresarse libremente tanto sobre el curso de los acontecimientos como sobre los (presuntos o reales) disidentes, para marcar los problemas y los errores políticos, arrogándose cierta legitimidad para evaluar a la Revolución.

Y nada de esto, para volver a la pregunta inevitable, se pudo ni se puede hacer en Argentina porque es un país “manejado a latigazos de tinta por la *United Press* y otros verdugos sádicos” (ídem: 46), como le escribe a Fernández Retamar, en abril de 1969. La mala prensa lo ha metido en un problema: su palabra *sobre* Cuba, mal editada en Buenos Aires, puede ser malinterpretada *en* Cuba; por eso tiene que escribir una carta, adjuntar copia de los recortes periodísticos y mostrar los escritos originales que habrían sido tergiversados.

Pero esto me lleva de inmediato al motivo central de esta carta, y es que desde Buenos Aires me mandan recortes (cuya fotocopia te envío, lamentando no poder hacerlo en papel higiénico que es el correspondiente). Se trata, por supuesto, de mi nota concerniente a Padilla, cuyo mutiladísimo y estropeadísimo texto te envío también adjunto. (ídem)

Tiene que defenderse porque puede imaginar perfectamente de qué será acusado:

Los recortes de Buenos Aires te demostrarán que me he convertido en enemigo personal de Fidel. A él esto no le quitará el sueño, y a mí tampoco. Las maniobras confusionistas son las de siempre, y no hay nada nuevo en tanta mierda. Por lo que se refiere a mi artículo en sí, quiero que sepas que el *Observateur* lo ha publicado de una manera completamente distinta de lo convenido, es decir, que han fabricado una especie de díptico en forma de ATAQUE y DEFENSA, reservándome a mí la parte de la defensa. (idem)

Este es el punto clave: si queda *del lado* de Padilla, queda *contra* la Revolución; y eso ya no sería una diferencia de opiniones. Ahora, ¿ha escrito un artículo en defensa de Padilla o ha sido tergiversado por la prensa porteña y el *Observateur* parisino?

A propósito de la edición francesa del poemario de Padilla, en su edición del 7 de abril de 1969, *Le Nouvel Observateur* despliega, entre las páginas 30 y 33, el tradicional esquema informativo de “las dos campanas”. Primero, “la acusación”, el texto de la UNEAC que califica al libro de contrarrevolucionario; luego, “la defensa”, el texto de Cortázar. Esto explica lo que le dice a Fernández Retamar.

Su texto se titula “Ni traître ni martyr”—ni traidor ni mártir—, y hay evidencia de que lo envía, de inmediato o simultáneamente, a otros medios: por ejemplo, José Vicente Anaya (2009) lo ha encontrado en la revista uruguaya *Marcha* del 25 de abril. Ya se verá que pretendía darle otros usos...

La primera afirmación de Cortázar (1969: 32) marca las condiciones de producción del artículo (para las citas, me baso en la traducción que preparó mi colega Amandine Guillard, corregida luego entre los dos): “La crítica literaria no es mi fuerte: me decidí a hablar de *Fuera del juego* porque la publicación de este libro fuera de Cuba me preocupa”.

Está en una encrucijada: no puede opinar *en* Cuba, pero no puede guardar silencio *sobre* Cuba porque se ha vuelto un referente para ciertos sectores políticos y culturales de Europa y América Latina; no puede condenar a la UNEAC ni defender abiertamente a Padilla, ni mucho menos condenar a Padilla y defender a la UNEAC. En consecuencia, tiene que saber construir una perspectiva novedosa para presentar el caso y ser muy prudente en sus palabras. A ello apunta la doble negación del título: Padilla no es un traidor, le dice a la UNEAC; pero tampoco es un mártir, le dice a los opositores al gobierno cubano.

Repartir las responsabilidades entre los dos actores y dar a entender a quienes no conocen la “interna cubana” que se trata de una historia de larga data, es la estrategia elegida:

Es lamentable que todo este asunto haya sido en gran medida la consecuencia de enemistades antiguas, errores cometidos por ambas partes y a veces de querellas de capillas. Algunos poemas de Padilla considerados hoy tan nocivos habían sido publicados ya en revistas cubanas sin provocar ninguna indignación pública o privada. Con esta advertencia de la UNEAC, la lectura de los poemas ha dejado de ser espontánea y nos hemos puesto a buscar intenciones escondidas en esos textos, de los cuales podemos decir

que expresan cierto escepticismo y amargura, pero no que sean contrarrevolucionarios. (ídem)

De todos modos, a nadie se le escapará el remate del párrafo: si los poemas no son contrarrevolucionarios y de eso se lo acusa, ¿es inocente? El problema es que hace tiempo que «los adversarios de Padilla adoptaron una concepción demasiado pragmática del trabajo literario: “*Su criticismo—dicen de Padilla—no tiene nada en común con el compromiso activo que caracteriza a los revolucionarios*” (ídem: 33).

Aquí, entre líneas, si leo bien, se alcanza a percibir la oposición de Cortázar al “giro antiintelectual”, esto es, a la subordinación del escritor a la dirección política del proceso revolucionario: no se puede condenar a un escritor, parece decir, porque haya dejado fluir en un texto su escepticismo como una manera de criticar el presente político.

Entonces, se vuelve necesario aclarar que no escribe para condenar a la UNEAC sino “para tratar de impedir las inevitables maniobras que tienden a conferir a Padilla una corona de mártir» [ídem]. Por el contrario, Padilla es criticable: «no es el hombre nuevo en el cual las revoluciones fundan sus esperanzas [...] Como yo, como tantos otros, Padilla está condenado a quedarse en parte ‘fuera del juego’” [ídem].

Curiosa crítica, por cierto: no es el *hombre nuevo* del que hablaba Guevara, ese sujeto que, en palabras de Alejandra Oberti (2015: 17), “reunía los valores éticos que todo revolucionario debería tener: el espíritu de sacrificio, la entrega por un ideal, el heroísmo, la solidaridad, la lucha contra el individualismo, la humildad”. Ahora bien, en ese punto, Cortázar se coloca como su igual. Por lo tanto, si lo condenan a Padilla, están condenando *en él* a muchos otros, incluido el propio Cortázar.

¿Escribió el artículo para eso, para declararse un *Padilla otro*? Tal vez. De paso, afirma en público y en singular los valores que en privado y en plural encontró Castro en aquella carta:

Persisto en creer que todo intelectual cubano debe, en el marco de la revolución, conservar el derecho a la libre crítica y no ser obligado a una autocensura que solamente lo podría llevar a la mediocridad. Pero también creo que los intelectuales, si quieren ejercer una crítica constructiva y fecunda, deben hacerse respetar como participantes de la acción revolucionaria. (ídem: 33)

En junio, le cuenta por carta a Ángel Rama las negativas repercusiones y sus consecuencias: “mi nota en el *Nouvel Observateur* ha sido fuente de incontables malentendidos en Cuba; de todos modos, el incidente lo hemos mantenido lo más secreto posible, es decir que Roberto [Fernández Retamar] me escribió dándome la opinión (muy desfavorable) de la Casa de las Américas” (Cortázar, 2012.d: 54-55).

Por lo tanto, renuncia a darle más difusión al artículo: “no es en absoluto conveniente que incluyas mi nota en la edición del libro de Heberto; sería atizar un

fuego de equívocos bastante maniqueos y exasperantes en que me ha metido la tendencia cada vez más radical de nuestros cubanos, que acabarán sacándome canas verdes” (ídem: 55).

Si la carta a Rama “descubre” su posible participación en la edición uruguaya del libro de Padilla, una a José Agustín Goytisolo apunta a la española: “No he recibido la carta de José Batllé de que me hablas, pero quiero que le digas, por favor, que no me parece oportuno incluir mi texto del *Nouvel Observateur* (o de *Marcha*) en su edición de *Fuera del juego*”. La justificación es la misma, “la reacción de los cubanos fue negativa [...] vieron en mi artículo un ataque a la revolución y a la política del gobierno” (ídem: 76).

5. En agosto de 1969, *Marcha* publica un ensayo del colombiano Óscar Collazos (“La encrucijada del lenguaje”), entonces radicado en La Habana, que inicia la famosa polémica en la que participarán Cortázar y Vargas Llosa y que adoptará forma de libro. Por eso, una de las últimas cartas que escribe a fines de 1969 es a Fernández Retamar y acusa recibo de la edición de *Casa de las Américas* con la transcripción de la mesa redonda mencionada por Gilman:

Leí, por supuesto, los textos de la mesa redonda, que me pareció más que interesante. Ya me conoces y sabes que no puedo estar enteramente de acuerdo con algunos de los puntos de vista que allí se manifiestan, pero en cambio estoy plenamente de acuerdo con el tono general del debate, con sus intenciones mayores, y pienso que estas formas de higiene intelectual son más que nunca necesarias entre todos nosotros. (ídem: 95)

Esa carta contiene, además, su réplica a Collazos: “estas páginas son una respuesta y, espero, un enriquecimiento dentro del debate del problema. Voy a enviarlas a *Marcha*, para que los lectores puedan conocer diferentes opiniones y abrir en caso necesario nuevas picadas en esta jungla” (ídem: 96).

Con razón o con algo de paranoia, está asociando todo: la mesa redonda fue en mayo; Collazos, afincado en La Habana, manda un largo ensayo a Montevideo, que se publica en agosto; ¿es el instrumento que permite “internacionalizar” la mesa redonda?; ¿se puede polemizar con él y ese “principio subordinante” sin romper con la Revolución?³

La pregunta que vertebra el ensayo de Collazos es hasta qué punto es posible una literatura autónoma de la realidad, una literatura que entonces no dependa para existir de otra cosa que no sea ella misma. Agréguese el condicionante político: ¿una sociedad que está cruzada por un proceso revolucionario—Cuba, se la nombre o no—puede permitir la autonomía de la literatura?, ¿por qué tendrían los escritores ya

³ Según Alejandro López [2015: 90], Collazos habría escrito «a petición de Ángel Rama». Yo no he encontrado ninguna evidencia en la correspondencia entre ellos de que Cortázar lo supiera.

no la posibilidad sino la “misión” de aislarse de la realidad justo en el momento en que todos los demás están tratando de hundirse hasta el cuello en esa misma realidad para tomar cabal conciencia de todo lo que implica y, así, poder transformarla para el bien del pueblo? La respuesta, lógicamente, es negativa: no tienen esa misión; la sociedad revolucionaria no puede permitirles autonomía alguna.

A Vargas Llosa, Collazos le recrimina haber dicho en un reportaje que la literatura “no puede ser valorada por comparación con la realidad” porque “debe ser una realidad autónoma», al tiempo que le recuerda que eso va en contra de su novela *La ciudad y los perros* y de las tantas «anécdotas que motivaron su obra», como él mismo lo ha reconocido en artículos y mesas redondas (Collazos, 1970.a: 9 y 18).

A Cortázar, le critica un fragmento de *La vuelta al día...*, que *legalizaría* un programa literario que separa el *ser político* del *ser literario* del escritor (ídem: 14-15). Pero es el resultado de una mala lectura de su parte: no capta la ironía con que Cortázar redactó el segmento⁴.

Así y todo, el planteo está en línea con el fidelismo antiintelectual que impera en Cuba: el escritor no puede estar afuera, o aparte, o sobre la realidad, que hoy es o debe ser la revolución; el escritor debe estar dentro de la revolución; y a la revolución no la conduce el escritor, sino el comandante. La conclusión del artículo no deja lugar a dudas:

En una revolución se es escritor, pero también se es revolucionario. En una revolución se es intelectual, y tiene que ser necesariamente político [...] dentro o fuera de la revolución, participantes o espectadores de ella, no podemos seguir permitiéndonos la vieja libertad de escindir al escritor entre ese ser atormentado y milagroso que crea y el hombre que ingenua o perversamente está dándole la razón al lobo. (ídem: 37)

La estrategia de Cortázar es evitar el enfrentamiento directo, aclara que no escribe “con ánimo de polémica, puesto que me parece excelente” que alguien con las cualidades intelectuales de Collazos se ocupe “de cuestiones capitales para nuestra cultura”, sino que lo hace “para incitar al lector a que analice nuestros puntos de vista” (Cortázar, 1970.a: 38-39). Nótese bien los tres puntos centrales de su presentación: primero, califica de *excelente* la idea de Collazos de reflexionar sobre un

⁴ Se trata de un fragmento de “Gran fatiga a esta altura de la disquisición” [Cortázar, 2009 (1967): I.158]: “Alguna vez se me dio la gana de perder una noche en San Martín y Corrientes o en un café de Saint-Germain-des-Prés y me entretuve en escuchar a algunos escritores y lectores argentinos embarcados en esa corriente que estiman “comprometida” y que consiste grosso modo en ser auténtico (?), en enfrentar la realidad (?), en acabar con los bizantinismos borgianos (resolviendo hipócritamente el problema de su inferioridad frente a lo mejor de Borges gracias a la usual falacia de valerse de sus tristes aberraciones políticas o sociales para disminuir una obra que nada tiene que ver con ellas). Era y sigue siendo divertido comprobar cómo estos ñatos creen que basta ser vivo e inteligente y haber leído muchísimo para que el resto sea cuestión de baskerville y cuerpo ocho”. Cortázar, si se lee bien, no relativiza el compromiso del escritor y sus vínculos con la realidad social, se burla de los pomposos discursos de café de quienes se creen grandes escritores comprometidos *à la Sartre*, y no son grandes escritores ni están comprometidos de verdad con la realidad social.

tema cultural clave; segundo, se pone del mismo *lado* que Collazos al hablar de *nuestra* cultura, algo que ambos comparten; tercero, no le escribe a Collazos sino *al* lector (de *Marcha*, que, por fidelidad de lectura, conjetura, habrá leído aquella edición con el texto de Collazos).

En consonancia con esa participación *oblicua*, señala que los dos temas dominantes del artículo de Collazos son “1) una cierta concepción de la realidad que lleva a denunciar lo que el autor llama “mistificación del hecho creador”, y 2) una denuncia de orden más técnico sobre la utilización de estructuras narrativas procedentes de la novelística europea y norteamericana” (ídem).

Primero, trata rápidamente el segundo—“*ya no hay nada foráneo en las técnicas literarias?*” porque las literaturas nacionales no se desarrollan en compartimentos estancos (ídem: 40), lo que constituye una declaración más en contra de los nacionalismos—y se las ingenia para llegar, desde aquí, al tema que parecía haber evitado con su diagnóstico inicial:

me parece peligroso, además de falso, situar los “actos culturales” tan por debajo de los “actos políticos”. Pocos dudarán de mi convicción de que Fidel Castro o Che Guevara han dado las pautas de nuestro auténtico destino latinoamericano; pero de ninguna manera estoy dispuesto a admitir que los *Poemas humanos* [César Vallejos] o *Cien años de soledad* [Gabriel García Márquez] sean respuestas inferiores, en el plano cultural, a esas respuestas políticas. (Dicho sea de paso, ¿qué pensaría de esto Fidel Castro? No creo engañarme si doy por seguro que estaría de acuerdo, como lo hubiera estado el Che.) (ídem: 44)

Ahora sí, se para bien de frente a la tesis de Collazos sobre la imposibilidad de la autonomía literaria: “en su manera de entender la función del narrador latinoamericano”, se muestra implícitamente subsidiario de la noción del realismo socialista, que tantos malentendidos ha generado...

el poema más abstracto, la narración más delirante o fantástica, no alcanzan trascendencia si no tienen una correlación objetiva con la realidad, sólo que ahora se trata de entender la realidad como la entiende y la vive el creador de esas ficciones, es decir, como algo que por muchos lados y muchas dimensiones puede rebasar el contexto sociocultural, sin por eso darle la espalda o menospreciarlo. (ídem: 50-51)

A modo de cierre, e intentando, una vez más, un equilibrio entre posiciones antagónicas que, si bien se mira, funciona en realidad como una plataforma desde la cual emitir con fuerza su teoría: (1) recomienda leer la edición de *Casa de las Américas* donde se expresa la posición contraria a la suya; (2) confiesa sus miedos, “me temo que seguirá siendo [la vinculación intelectual/sociedad] uno de los escollos mayores con que tropieza el socialismo a lo largo de su edificación” (ídem: 51); y (3) señala la solución, hace falta “una revolución intelectual dentro de la revolución política, porque le hemos quitado el poder a los burgueses pero ellos siguen mandando al

interior de nuestras cabezas” (ídem: 52).

Por eso, su conclusión: “como se lo dije a un periodista mexicano de *Excélsior*, uno de los más agudos problemas latinoamericanos es que estamos necesitando más que nunca los Che Guevara del lenguaje, *los revolucionarios de la literatura más que los literatos de la revolución*” (ídem: 76).

Por su parte, Vargas Llosa concentra su intervención en dos cuestiones relativamente distintas. Primero, que el *boom*, según Collazos, ha generado “la engañosa visión de un apogeo”, de modo que se torna necesario “reaccionar contra un estado artificial” de la literatura latinoamericana, creado por la industria editorial (Vargas Llosa, 1970: 78); liquida el tema de inmediato, y con un giro zumbón: “Que Collazos no crea en este apogeo lo comprendo y lo acepto, pero que detecte en quienes sí creen en él una suerte de misteriosa conspiración política reaccionaria me parece un razonamiento digno de un fraile medieval cazador de brujas” (ídem: 80).

Segundo, la relación literatura/realidad ligeramente reformulada: “¿es posible y deseable que haya una identidad total entre la obra creadora de un escritor y su ideología y moral personales?” (ídem: 81). Aunque fuese deseable, no sería posible porque no podemos eliminar el inconsciente:

Un escritor no es “responsable” de sus temas en el sentido en que un hombre no es “responsable” de sus sueños o pesadillas, porque no los elige libre y racionalmente, en tanto que su responsabilidad en los dominios concretos de la escritura y la estructura es total, porque allí sí puede elegir, seleccionar, buscar y rechazar, con una libertad y una racionalidad de que no goza en la elección de sus experiencias vitales, y siempre surgen en función de éstas (se le imponen) los temas de su obra. (ídem: 83)

El cuarto y último movimiento de la polémica estuvo a cargo de Collazos. Mientras Cortázar evitaba discursivamente escribirle *a* Collazos y decía escribirle *al* lector, Collazos dedica su segundo texto *a Julio Cortázar*, y como si fuese una carta lo inicia con un “admirado amigo y compañero” (Collazos, 1970.b: 94).

Necesita volver a participar porque, al leer el artículo de Cortázar, ha encontrado que “la imagen que usted da de mi ensayo me convierte en una especie de terrorista-parricida-dogmático-zdnovista, torpemente insurrecto” (ídem: 95). Esto da una clara idea de cuán bien (y desde dónde) lo ha leído: Andréi Aleksándrovich Zhdánov, consuegro de José Stalin, fue acaso el máximo defensor del realismo socialista e impulsor del maniqueísmo que caracterizó internacionalmente al comunismo durante un largo trecho de la Guerra Fría.

Obviamente, Collazos no quiere ser visto como un parricida. Quien quiere matar *al* padre, quiere matar *a los* padres: si quisiera matar a Cortázar, aquí, en el contexto de la Revolución Cubana, algún *analista* podría entender que *también* quiere matar a Fidel Castro. Por eso asegura que *hoy* “el parricidio sería una forma de suicidio cultural” (ídem: 96).

Entonces, lo que quiere, aunque Vargas Llosa lo trate de *fraile medieval*, es (1) denunciar que la industria editorial está creando, con el *boom*, un *estado de bienestar literario latinoamericano* que no es tal—muchos grandes autores con muchas grandes obras que dan cuenta de la inmensa potencia de una cultura—porque (2) se promueve silenciosamente, en ese cuadro, un canon literario *autónomo* de la realidad política, a la vieja usanza, de modo que, para repetir su ejemplo, un Leopoldo Lugones, aunque sea un conservador aristocrático y un fascista, debe seguir siendo venerado como un escritor importante.

Pienso que si todavía en la sociedad capitalista es previsible esta escisión (su naturaleza misma lo hace posible), el futuro socialista de la América Latina tendrá que insertar en su desenvolvimiento revolucionario a un escritor capaz de responder no sólo con la función específica de su arte sino con una conciencia que lo habilite para la comprensión y operatividad de su pensamiento en la Revolución. (ídem: 100)

Por cierto, Collazos podría aquí decirle a Cortázar que él mismo intentó algo semejante, en teoría, en *La vuelta al día...*, al autopropoñerse como nuevo centro del canon literario argentino *de la liberación* y postular a un Lezama Lima para el centro del canon latinoamericano, en lugar de un Borges o de un Paz. No lo hace. Prefiere tranquilizarlo diciéndole que no duda de él, sino que el gran escritor al que critica, el que disocia peligrosamente pensamiento de creación, es Vargas Llosa. Si a uno no le critica ni *62. Modelo para armar*, novela a la que no acusaría “de desviacionismo, escapismo, involución o traición», al otro le critica que haya intentado darle «lecciones de política internacional y sensatez” a Castro, a propósito de los sucesos checoslovacos, a los que, de paso, relativiza colocando entre comillas la palabra *invasión* (ídem: 102)⁵.

En mayo de 1970, Cortázar le escribe a Fernández Retamar lo que ha sentido al leer *la carta* de Collazos: “Sigo creyendo en el diálogo, siempre que no sea imbécil (claro que entonces ya no es un diálogo); en ese sentido, la segunda carta de Collazos publicada en *Marcha* y dirigida directamente a mí, me gustó mucho” (Cortázar, 2012.d: 128-129).

6. En junio de 1970, en carta a Vargas Llosa, Cortázar adjunta *Viaje alrededor de una mesa*. Entre las actividades “comprometidas” en las que participa en Francia, a comienzos de ese año, se destaca una exposición en la Ciudad Universitaria de París, en abril, titulada “América Latina no oficial”, cuyo objetivo era “informar al público

⁵ Hipótesis de lectura: Collazos quiere hacer las paces con Cortázar, por eso descarta toda posibilidad de seguir criticándolo. Si en vez de poner como ejemplo a Lugones lo hubiera tomado a Borges, hasta podía retomar, desde otro punto de vista, el segmento cortazariano criticado en su anterior intervención para impugnarle que separase la valoración de su obra literaria de su ideología política. ¿Hasta qué punto Collazos puede representar, con este gesto, una decisión de las autoridades de la Revolución Cubana de no forzar las cosas con Cortázar?

francés sobre las realidades que brillan por su ausencia o por su deformación en las actividades culturales de nuestras embajadas—con una sola excepción bien conocida” (Cortázar, 1970.b, s-p). Concretamente, fue panelista en la mesa “El intelectual y la política”, donde también participó Vargas Llosa. De modo que tema y participantes están en línea con la “polémica Collazos”, cuyo lugar aquí lo ocupa Hugo Blanco, que publicó una carta, dice Cortázar, “en la revista de la Casa de las Américas” (Cortázar, 2012.d: 137). La correspondencia no deja lugar a dudas sobre la fijación de una estrategia entre ambos escritores contra su “opponente” circunstancial porque Cortázar es muy explícito: por más que haya una grabación de por medio de lo que dijo cada uno, le pide su acuerdo para que él pueda presentar esa síntesis (*Viaje...*) de lo que dijo cada uno.

Así las cosas, Vargas Llosa diferencia entre el intelectual y el escritor. Uno contribuye ideológicamente, el otro produce obras literarias; y mientras el intelectual se relaciona con la política de manera directa, el escritor no puede hacerlo porque en su producción intervienen fuerzas racionales e irracionales.

Hay en la personalidad de un novelista todo un sector que escapa a su pleno control racional; por ahí salen y se expresan lo que Vargas Llosa llamó “los demonios” del escritor, sus pulsiones más íntimas; ni las directivas teóricas o ideológicas, tendientes a fijar metas sociales a la literatura, y ni siquiera las posibles tentativas del mismo escritor por fijarse determinados derroteros, pueden alterar esa fatalidad de la obra literaria, eliminar sus contradicciones posibles. (Cortázar, 1970.b, s-p)

A continuación, Cortázar introduce sus declaraciones con esta “advertencia”:

Por lo que se refiere a mi exposición, en dos o tres diarios latinoamericanos de esos que sabemos, he visto ya algunas “síntesis” particularmente tendenciosas y distorsionadas, un poco como aquellos cables que aparecieron en Buenos Aires cuando me tocó intervenir en el llamado “caso Padilla” y en los que se me presentaba como denunciando y combatiendo “el régimen castrista”. Todo esto es demasiado grotesco para molestarse en rectificarlo, pero entiendo que mis compañeros (y los que no lo sean, pero en buena ley) merecen que reproduzca aquí mis palabras, que traduzco lo más textualmente posible. (ídem)

Su visión del intelectual es la de un creador—no en el sentido mesiánico del término—de productos culturales. Entonces, el intelectual escritor se vincula con quienes consumen lo que él produce. En una sociedad capitalista, eso se traduciría como “mercado”; en el contexto que se analiza—la relación entre el intelectual y la política revolucionaria en una sociedad bajo el proceso de construcción del socialismo—, la cosa cambia:

Desde el punto de vista político, los consumidores que nos interesan son a la vez camaradas y lectores. Y aquí empieza el problema porque en América latina, y desde luego en los contextos progresistas y revolucionarios, no solamente se lee la obra del creador, sino que también llega el día en que se le exigen otras cosas, es decir que se espera de él otro género de “compromisos”. La gama de esas exigencias es muy amplia; están los que le

piden directamente el paso a la acción revolucionaria, casi como una caución de su obra pasada y futura; pero sin ir tan lejos, lo que en general se le demanda es eso que se da en llamar “una obra revolucionaria”. (ídem)

Esta crítica, por cierto, ya la había formulado en *Último round*. Paradójicamente, entonces, el proceso revolucionario no libera al escritor sino que lo aprisiona, cuando, con sus demandas, le recorta sus posibilidades creativas: que exalte el proceso revolucionario, que sea didáctico, que no se ponga a experimentar porque entonces el lector medio no lo entenderá; todo ello nos lleva al realismo socialista, que ya sabemos adónde nos ha llevado: “Lo que mucha gente espera de un intelectual comprometido, no es tanto una creación revolucionaria como una creación dentro de la revolución” (ídem).

Eso no quiere decir que esté reclamando la libertad de expresión típica de la sociedad burguesa, sino la libertad de expresión políticamente responsable que se debiera otorgar a cualquier ciudadano en un proceso revolucionario:

Desde el momento en que la responsabilidad queda demostrada y probada por la obra de un escritor al mismo tiempo que por su conducta humana y política, sostengo que ninguna restricción emanada de cuadros dirigentes, de críticos dogmáticos e incluso de lectores de horizonte limitado, puede venir a trabar la libertad creadora de alguien que, a la vez que da las pruebas de su responsabilidad como hombre, da a la vez lo mejor de sí mismo, es decir su calidad de creador, a su obra escrita. (ídem)

Como puede verse, se profundizan ideas vertidas en el cruce con Collazos, que alcanzan una mayor claridad expositiva y propositiva. Por eso mismo, Cortázar se muestra sorprendido (y algo desilusionado) por el debate que se genera después de sus exposiciones, donde la radicalización discursiva del público asistente le demuestra la falta de sintonía de unos con otros: escritores que quieren reflexionar calmadamente sobre algo *a construir*, en realidad, chocan contra un grupo de dogmáticos que les dicen, en la práctica, que ya está todo construido o definido, de acuerdo a este o aquel manual revolucionario, y que ellos no tienen derecho a pedir los privilegios que estarían demandando. Entonces, recuerda un verso de Paul Verlaine—“*Soy el Imperio al final de la decadencia, viendo pasar grandes bárbaros rubios...*”—, intertexto que aparece en sus novelas de los años 50, donde el peronismo representa a los bárbaros que invaden Roma/Buenos Aires: “y me dije que, como esos romanos decadentes y hastiados, veía frente a mí a una nueva raza joven y violenta, con la que todo diálogo era azaroso si no imposible” (ídem). Nótese bien la semejanza: ante ambos oponentes políticos, Cortázar se posiciona en el lugar del civilizado y ubica a sus adversarios en el del bárbaro. Y nótese la diferencia: antes, huyó del país con sus ficciones bajo el brazo; ahora, se planta, discute, escribe ensayos políticos, acuerda estrategias discursivas con un tercero, seguramente porque está de por medio su compromiso político, pero tal vez porque imagina que, si nadie levantase la voz,

podría ser el fin de la autonomía literaria:

Esa mesa redonda me sirvió para comprender que hay que seguir discutiendo el problema del intelectual y la realidad revolucionaria, en la medida en que si los mismos escritores no insisten en precisar su concepción teórica y práctica del problema, se corre el riesgo de que otros niveles para quienes la literatura es una actividad indiferenciada dentro de la praxis humana, terminen por imponer criterios insuficientes o falsos. (ídem)

Ese posicionamiento—el civilizado que le hace entender las cosas al bárbaro—es presentado como un servicio más a la causa revolucionaria:

Si un escritor, incómodo frente a ese asalto indiscriminado que se hace a su sector profesional en nombre de un compromiso no siempre bien entendido, opta por cerrarse al diálogo (y la tentación puede ser fuerte), entonces vamos todos, escritores y lectores, a la peor de las catástrofes culturales, es decir históricas, es decir políticas. (ídem)

En noviembre de 1970, viaja a Santiago de Chile para estar en la asunción de Salvador Allende, que instaura un gobierno socialista por vía democrática, y aprovecha para estar unos días en Buenos Aires. En ese contexto, Francisco “Paco” Urondo le realiza una entrevista en la que rechaza la tradicional idea de “patria” que tiene el nacionalismo:

Yo cada día estoy más lejos de la noción de patria como la entienden todos los que me reprochan que no estoy aquí: así como los criollos hablan de su “patria chica”, que es su pueblo, y “la patria” que es la Argentina, yo he extrapolado un poco la idea. Para mí hoy la “patria chica” es la Argentina, pero la “patria” es América Latina. (Urondo, 1970: 45)

Esa América Latina “será socialista o no será; ahora sé que su socialismo pasará probablemente por una serie de avatares, que se manifestará de maneras tan disímiles como en Cuba y Chile” (ídem). Con todo, el primer ‘camino’ es el más seguro de los dos: “creo que esa nivelación [la económico-social a la que tiende el socialismo] se puede lograr, pero sólo a través de la revolución, como consecuencia de una revolución; pero yo dudo mucho de que se pueda lograr por una vía reformista o progresista” (ídem: 46).

Urondo le recuerda que David Viñas habló de él y de Guevara como los dos argentinos que andaban recorriendo el mundo y se reencontraron con América Latina a través de Cuba: “Creo que ese paralelo entre mi experiencia y la del Che Guevara está fuera de toda escala” (ídem: 49). Las cartas demuestran que, en más de una oportunidad, y antes de este reportaje, Cortázar se imaginó *en paralelo* a Guevara. Por esto es que sostengo que, a la luz de los documentos cortazarianos que se han publicado en los últimos años, hay que saber tomar distancia de sus declaraciones públicas y contrastarlas con lo que esos documentos nos permiten saber *ahora* sobre lo que sentía y pensaba *entonces* (Demarchi, 2014).

7. El 20 de marzo de 1971, según Gilman [2012 (2003): 235], “Heberto Padilla fue detenido y acusado de estar involucrado en actividades contrarrevolucionarias. Después de treinta y ocho días en la cárcel [el 27 de abril, las fechas son importantes, ya se verá], se presentó en la UNEAC para admitir públicamente sus errores y, de paso, los de sus amigos y colegas”.

Cortázar se enteró el 23, mientras le escribía una carta a Rama, y supo de inmediato que era una muy mala noticia: “STOP THE PRESS: En este mismo momento me telefonan con la noticia del arresto de Padilla y su mujer. No hay ninguna explicación por el momento, pero me temo que volvemos a fojas uno y que otra vez habrá que romper lanzas” (Cortázar, 2012.d: 199).

El 9 de abril, *Le Monde* publica una carta abierta a Fidel Castro, firmada, entre otros, por Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Ítalo Calvino, Marguerite Duras, Jorge Semprún, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y Julio Cortázar: “Los abajo firmantes, solidarios de los principios y objetivos de la Revolución cubana, se dirigen a usted para expresar su preocupación ante el arresto del poeta y escritor Heberto Padilla, y para solicitar a usted que tenga a bien examinar la situación creada por dicho arresto” (ídem: 202). El 10 de abril, le escribe a Fernández Retamar:

No recibí respuesta al cable que te envié cuando llegaron aquí las primeras noticias sobre el arresto de Padilla⁶; supongo que no tenías ninguna información que darme, como fue el caso de la embajada cubana⁷. El hondo malestar que ese asunto ha provocado en Europa no se ha disipado, por supuesto, pero es evidente que por razones superiores no se puede dar todavía información. Presumo que el mensaje que firmamos unos cuantos, pidiéndole a Fidel que nos hiciera dar información (y expresándole la preocupación que sentíamos) será como siempre una interminable fuente de malentendidos. (ídem: 205)

Fidel Castro (1971, s-p) les respondió en su discurso de cierre del “Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura”, el 30 de abril, un par de días después de la autocrítica de Padilla, en durísimos términos. En principio, destacó que el Congreso, “en lo que se refiere a las cuestiones ideológicas, en lo que se refiere a las cuestiones revolucionarias, en lo que se refiere a las cuestiones políticas”, evidenció “una posición firme, sólida, unánime, monolítica”, lo que probaba que “las ideas marxista-leninistas han calado profundamente en el corazón y en la conciencia de nuestro pueblo y muy especialmente en una gran parte de nuestros educadores”. Luego, defendió, basándose en una “cuestión de principio”, la idea de que “hay algunos libros de los cuales no se debe publicar ni un ejemplar, ni un capítulo, ni una página,

⁶ Hay que entender que ese “cable” fue una acción individual de Cortázar, no la carta colectiva.

⁷ Cuando la primera parte del “caso Padilla”, Cortázar creyó haber establecido un mecanismo informativo especial con Haydée Santamaría.

¡ni una letra!”. Finalmente, denunció haber descubierto la existencia de una “forma sutil de colonización”: el colonialismo cultural, ejercido, aseguró, por

los seudoizquierdistas descarados que quieren ganar laureles viviendo en París, en Londres, en Roma. Algunos de ellos son latinoamericanos descarados, que en vez de estar allí en la trinchera de combate, viven en los salones burgueses, a 10.000 millas de los problemas, usufructuando un poquito de la fama que ganaron cuando en una primera fase fueron capaces de expresar algo de los problemas latinoamericanos. (ídem)

Y para que no quedasen dudas de que hablaba del “caso Padilla”, recordó una de las resoluciones del Congreso:

¿concursitos aquí para venir a hacer el papel de jueces? ¡No! ¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad! Y para volver a recibir un premio, en concurso nacional o internacional, tiene que ser revolucionario de verdad, escritor de verdad, poeta de verdad. (ídem)

A propósito de la ya famosa discusión sobre la autonomía de la literatura y la posición antiintelectual de la Revolución Cubana, afirmó: “Nuestra valoración es política. No puede haber valor estético sin contenido humano. No puede haber valor estético contra el hombre. No puede haber valor estético contra la justicia, contra el bienestar, contra la liberación, contra la felicidad del hombre. ¡No puede haberlo!” (ídem).

Según Gilman [2012 (2003): 243], el 5 de mayo, Vargas Llosa renuncia a seguir participando de Casa de las Américas. Y el 21 de mayo se conoce en Madrid la segunda carta de los intelectuales a Castro, cuyo primer borrador habría sido redactado por Vargas Llosa. Cortázar no la firma por considerarla

una carta de ruptura, no tanto por parte de los firmantes sino por el hecho de que si la respuesta a la primera carta fue lo que fue, cabe imaginar lo que dará (por lo menos en el plano de los hechos y las consecuencias) este nuevo mensaje. Y personalmente, a pesar de todo lo que tengo que objetar a la conducta cubana en el “caso Padilla y sus aledaños”, sigo creyendo que la revolución cubana merece, en su esencia, una fidelidad que no excluya la crítica, una presencia siempre posible para colaborar al triunfo de su lado positivo que, lo creo de veras, sigue existiendo a pesar de esta ofensiva de mediocridad y medievalismo vía Congresos y discursos y autocríticas. (Cortázar, 2012.d: 216)

En esa carta, y en otra escrita el 23 de mayo y dirigida a Santamaría, Cortázar adjunta la *Policrítica a la hora de los chacales*, su análisis del “caso Padilla”. Si bien la palabra “policrítica” aparece justificada como un *lapsus* de una amiga francesa, que quiso decir “política” y dijo “policrítica”, por su contenido es razonable el juego de palabras que propone Gilman [2012 (2003): 260]: de la “autocrítica” a la “policrítica”, prefijos mediante, está el tránsito del *uno* al *muchos* para que la primera se multiplique al mismo tiempo que se esconde.

El chacal es un animal carroñero, carnívoro; aquí, se alimenta de la palabra

adhesión a las autoridades cubanas y al modelo de intelectual que éstas estaban cuestionando con agresividad”):

Todo escritor, narciso, se masturba
defendiendo su nombre, el Occidente
lo ha llenado de orgullo solitario.
¿Quién soy yo frente a pueblos que luchan por la sal y la vida,
con qué derecho he de llenar más páginas con negaciones y opiniones
[personales?
(Cortázar, 1971: 9)

Hay, o hubo, un poeta encarcelado, Padilla, y este poeta no lo niega, pero se atreve a preguntar a los que demandan respuestas:

Qué sabemos aquí de lo que pasa, tantos que somos Cuba,
tantos que diariamente resistimos el aluvión y el vómito de las buenas
[conciencias
de los desencantados, de los que ven cambiar ese modelo
que imaginaron por su cuenta y en sus casas, para dormir tranquilos
sin hacer nada, sin mirar de cerca, luna de miel barata con su isla paraíso.
(ídem)

Entonces, entre Castro y los intelectuales, este poeta le da la razón al comandante:

Tienes razón, Fidel: sólo en la brega hay el derecho al descontento,
sólo de adentro ha de salir la crítica, la búsqueda de fórmulas mejores,
sí, pero adentro es tan afuera a veces,
y si hoy me aparto para siempre del liberal a la violeta, de los que firman los
[tortuosos textos
por-que-Cu-ba-no-es-eso-que-e-xi-gen-sus-es-que-mas-de-bu-fe-te
no me creo excepción, soy como ellos, qué habré hecho por Cuba más allá
del
[amor,
qué habré dado por Cuba más allá de un deseo, de una esperanza.
(ídem)

Entonces, en “plan de autocrítica”, aunque no se lo haya propuesto, este poeta admite sus defectos: su manera “torpe, a manotazos”, de estar con la Revolución,

es ésta, es repetir lo que me gusta o no me gusta,
aceptando el reproche de hablar desde tan lejos
y a la vez insistiendo (cuántas veces lo habré hecho para el viento)
en que soy lo que soy, y no soy nada, y esa nada es mi tierra americana,
y como pueda y donde esté sigo siendo esa tierra, y por sus hombres
escribo cada letra de mis libros y vivo cada día de mi vida.
(ídem: 10)

Entonces, esa “autocrítica” admite la subordinación de este poeta ante la palabra de su comandante, pero sólo ante él y los que saben pelear por *la causa justa*:

Y es por eso que acepto la crítica de veras, la que viene de aquel que aguanta
en el timón, de aquellos que pelean por una causa justa, allá o aquí, en lo alto
o
[en lo bajo,
y reconozco la torpeza de pretender saberlo todo desde un mero escritorio.
(ídem)

Con todo, en sus cartas, una vez más, se lee una valoración de su posicionamiento que la *Policrítica*...no admite. El 25 de mayo, por ejemplo, a Paul Blackburn—poeta, uno de sus traductores—le resume la situación con una metáfora religiosa:

Fidel nos ha “excomulgado” a los escritores que le mandamos un mensaje pidiéndole información sobre el arresto del poeta Padilla. Hay una situación tensa y desagradable, pero espero que poco a poco veremos mejores días; he estado deprimido y triste por eso, pero ya voy mejor y sigo creyendo en lo bueno de la revolución cubana y oponiéndome a sus aspectos negativos (Cortázar, 2012.d: 218).

El 20 de junio, en otra carta a Blackburn, justifica, aun con sus errores, la detención de Padilla, y afirma que su *Policrítica*...expresa “solidaridad crítica”, no “obediencia ciega”:

Tú sabes que este asunto ha sido una pura mierda, y que no ha terminado todavía [...] para mí ha sido muy duro y doloroso sentirme “excomulgado” por el discurso violentísimo de Fidel, en que nos trató de descarados y otras cosas parecidas [...] Yo he publicado una especie de largo poema en el que digo sin rodeos todo lo que pienso, y reafirmo mi solidaridad con Cuba; pero una solidaridad crítica, no una obediencia ciega como algunos cubanos pretenden de nosotros. (ídem: 224)⁸

En enero de 1972, en cartas a Lezama Lima y Fernández Retamar se alegra porque *Casa de las Américas* ha publicado su *Policrítica*..., de modo que, aunque “algunas cartas que envié a Cuba en los últimos meses no fueron contestadas”, encontrar su texto en la revista lo lleva a “estar más seguro que nunca de que la verdad se abre siempre paso cuando hay ojos y corazones que saben verla” (ídem: 258 y 259).

Y en febrero, escribe una famosa carta a Haydée Santamaría parcialmente censurada por Casa de las Américas, lo que es decir por el Estado cubano. (La carta fue publicada en *Obra crítica/3* (1994) tal como la editó *Casa de las Américas*, con fragmentos omitidos, en su número 145-146, de 1984, tras la muerte de Cortázar. Los editores de sus cartas, en 2008, solicitaron una copia integral y tampoco la obtuvieron (Cortázar, 2012.d: 263-264)

Por un fragmento que Cortázar reproduce en su respuesta, se puede entender que Santamaría, tras criticarle cierta ambigüedad, le habría reclamado que se decidiera de una vez si iba a estar *con Dios o con el diablo*:

Solamente quiero decirte que en lo que toca a mi conducta con respecto a la Revolución Cubana, mi manera de estar con dios (vaya comparación, compañera!) será siempre la misma, es decir que en momentos de crisis me guiaré por mi sentido de los valores—intelectuales o morales o lo que sean—y no me callaré lo que crea que no debo callarme. (ídem: 265)

⁸ Vale anotar una coincidencia sustantiva: estas dos cartas a Blackburn fueron escritas en fechas patrias argentinas (25 de mayo, día del primer gobierno criollo; 20 de junio, día de la bandera), su “patria chica”, y dan cuenta de la angustia que experimenta ante el deterioro de su vínculo con la “patria grande” que ha elegido.

De todos modos, y para seguir con la metáfora religiosa, la Revolución Cubana tiene sus dogmas de fe y Cortázar debe reconocer, finalmente, en abril y en carta a Vargas Llosa, que a él le corresponde acatarlos, no conocerlos ni fijarlos:

La cosa es tristemente simple, después del episodio de Padilla y la segunda carta de Fidel. Tu actitud y la mía tomaron sus rumbos propios, y aunque oficialmente existe entre los cubanos y yo una ruptura y un gran silencio, tengo pruebas que para mí cuentan mucho de la reacción de los mejores de allá frente a mi decisión de no firmar la segunda carta y explicarme en un texto que has de conocer [*Policrítica...*] Una carta de Haydée, y la publicación de ese mismo texto en la revista de la Casa, me bastan para entender todo lo que desde allá pueden y sobre todo no pueden decirme claramente; y mi decisión de seguir junto a ellos no solamente no ha cambiado sino que es más fuerte que nunca. (ídem: 281)

Para esa fecha, *Libro de Manuel* está concluido y a la espera de una revisión, y Cortázar ya anuncia a varios interlocutores su deseo de viajar a Argentina a fines de 1972. No sólo quiere dar *vuelta la página*, entonces, sino mostrar su más arriesgado juego: una novela *de tesis* que grafica el *revolucionario* punto de encuentro que él propone entre una poética narrativa y una opción política, pero con la insospechada pretensión de que la primera determine a la segunda. Este es el particular “manifiesto Cortázar”: el socialismo solo podrá ser si *sabe ser* poesía. En consecuencia, la pregunta que la novela formula—a medida que despliega sus planteos eróticos—es para qué hombre se hace (*se promete*) la revolución si la revolución misma no puede explicar de un modo coherente qué hombre desea...

¿No estaremos, muchos de nosotros, queriendo romper los moldes burgueses a base de nostalgias igualmente burguesas? Cuando ves cómo una revolución no tarda en poner en marcha una máquina de represiones psicológicas o eróticas o estéticas que coincide casi simétricamente con la máquina supuestamente destruida en el plano político y práctico, te quedás pensando si no habrá que mirar más de cerca la mayoría de nuestras elecciones. [Cortázar, 2012 (1973): 154]

Política y erótica conforman las dos caras de la banda de Moebius de la poesía: una lleva a la otra, y viceversa. Leída así, la novela toma distancia de la *Policrítica...* y hasta la eclipsa. En consecuencia, es errónea la lectura de Peris Blanes (2005-2006: 148) cuando señala la misma *estrategia* detrás de ambos textos: *Libro de Manuel* no continúa, “aunque de un modo diferente [...] la estrategia ensayada en la ‘Policrítica...’”, esto es, (1) no condenar “el hostigamiento [cubano] al grupo intelectual del que formaba parte” y (2) escribir, desde una “posición de ambigüedad e indefinición política”, un «ambiguo, mordaz e indefinido poema” primero y luego la novela en cuestión. Por el contrario, como he advertido en estas páginas, mientras la *Policrítica...* es un momento de quiebre personal y de sumisión al poder político cubano, el *Manuel* reivindica y despliega su verdadera teoría poética: una revolución no solo se hace con una vanguardia política, también necesita una vanguardia intelectual; y como ambas valen

lo mismo, la primera no puede exigir la sumisión de la segunda—es más, llevando el razonamiento al extremo inverso, la segunda puede declarar su preeminencia.

Como lo evaluó Ángel Rama, desde el punto de vista literario, la novela es un fracaso narrativo: donde Cortázar se propuso una convergencia—la alianza entre literatura y política—, hay una divergencia. “En estas condiciones, *Libro de Manuel* es un testimonio, por momentos impresionante, de nuestro presente, dentro de una polémica intelectual, también correctamente testimoniada. Pero no es todavía la gran obra de compromiso y riesgo que el planteo amerita” (Rama, 1973: 37).

Sin embargo, desde el punto de vista político, es la última gran contribución de Cortázar a la teoría de la autonomía literaria.

Bibliografía

- Anaya, José Vicente [2009]. “Fuera del juego / fuera de Cuba. Castigos y exilio para el poeta Heberto Padilla”. En *Círculo de Poesía, Revista Electrónica de Literatura*. Disponible en: <http://circulodepoesia.com/2009/09/fuera-del-juego-fuera-de-cuba-castigos-y-exilio-para-el-poeta-heberto-padilla>.
- Cabrera Infante, Guillermo [1999]. *Mea Cuba*. Madrid: Alfaguara.
- Castro, Fidel [1971]. *Discurso pronunciado en la clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura*. La Habana, 30 de abril. Disponible en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f300471e.html>.
- Collazos, Óscar [1970.a]. “La encrucijada del lenguaje”. En Óscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*. México: Siglo XXI.
- _____. 1970.b]. “Contrarrespuesta para armar”. En Óscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*. México: Siglo XXI.
- Cortázar, Julio [2012.a]. *Cartas. 1. 1937-1954*. Buenos Aires: Alfaguara.
- _____. [2012.b]. *Cartas. 2. 1955-1964*. Buenos Aires: Alfaguara.
- _____. [2012.c]. *Cartas. 3. 1965-1968*. Buenos Aires: Alfaguara.
- _____. [2012.d]. *Cartas. 4. 1969-1976*. Buenos Aires: Alfaguara.
- _____. [2012 (1973)]. *Libro de Manuel*. Buenos Aires: Alfaguara.
- _____. [2009 (1969)]. *Último round*. Buenos Aires: Siglo XXI. (Edición en dos tomos.)
- _____. [2009 (1967)]. *La vuelta al día en ochenta mundos*. Buenos Aires: Siglo XXI. (Edición en dos tomos.)
- _____. [1971]. “Policrítica a la hora de los chacales”. En *Los Libros*, 20, Buenos Aires,

- junio. Disponible en: <http://www.mshs.univ-poitiers.fr/crla/contenidos/Cortazar/fiche.php?Code=21.042&Cle=catalogue>.
- . [1970.a]. “Literatura en la revolución y revolución en la literatura: algunos malentendidos a liquidar”. En Óscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*. México: Siglo XXI.
- . [1970.b]. *Viaje alrededor de una mesa*. Buenos Aires: Rayuela. Disponible en: <http://www.bn.gov.ar/abanico/A60904/cortazar-mesa.html>.
- . [1969]. “Ni traître ni martyr”. En *Le Nouvel Observateur*, París, 7 de abril.
- Demarchi [2015.a]. “Literatura y política. Cómo leer el antiperonismo de Cortázar”. En *Pucara, Revista de Humanidades*, 26. Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, Universidad de Cuenca, Ecuador.
- . [2015.b]. “La ‘traducción informativa’ y el intelectual exiliado. El caso Cortázar”. Ponencia presentada en *II Simposio Internacional Interdisciplinario “Aduanas del Conocimiento”*. Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CONICET y UNC), Córdoba, Argentina.
- . [2014]. “La privada no es la pública. La doble memoria de Julio Cortázar”. Ponencia presentada en *II Coloquio Internacional “Lenguajes de la Memoria”*. Facultad de Lenguas, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
- Dulitzky, Alejandro [2010]. “El escritor desclasado: Julio Cortázar y la sociedad argentina del peronismo clásico”. En *Pensar. Epistemología y Ciencias Sociales*, 5. Rosario: Editorial Acceso Libre. Disponible en: <http://revistapensar.org/index.php/pensar/article/view/47/42>
- Gamero, Carlos [2007]. “Julio Cortázar, inventor del peronismo”. En David Viñas (director de la obra) y Guillermo Korn (compilador del volumen), *Literatura argentina siglo XX. El peronismo clásico (1945-1955). Descamisados, gorilas y contreras*. Buenos Aires: Paradiso.
- Gilman, Claudia [2012 (2003)]. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Nueva edición ampliada. Buenos Aires: Siglo XXI.
- López, Alejandro [2015]. “Aquella encrucijada del lenguaje: un homenaje a Óscar Collazos (1942-2015)”. En *Poligramas, Revista de la Escuela de Estudios Literarios*, 41, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, Colombia. Disponible en: <http://revistalenguaje.univalle.edu.co/index.php/RevistaPoligramas/article/view/3701>.
- Oberti, Alejandra [2015]. *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: Edhasa.

- Orloff, Carolina [2014]. *La construcción de lo político en Julio Cortázar*. Buenos Aires: Godot.
- Novaro, Marcos [2010]. *Historia de la Argentina. 1955-2010*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Peris Blanes, Jaume [2009]. “La *Policrítica* de Cortázar. La autonomía de la literatura entre las exigencias de la revolución”. En *Hesperia. Anuario de Filología Hispánica*, Vol. 12, No. 2, Universidad de Vigo, España. Disponible en: <http://hesperia.webs.uvigo.es/paginas/indices/articulos/volXII-2/perisblanes.pdf>.
- _____. [2005-2006]. “*Libro de Manuel*, de Julio Cortázar, entre la revolución política y la vanguardia estética”. En *Cuadernos de Investigación Filológica*, 31-32, Departamento de Filologías Hispánica y Clásicas, Universidad de La Rioja. Disponible en: <https://publicaciones.unirioja.es/ojs/index.php/cif/article/view/2110>.
- Rama, Ángel [1973]. “Cortázar: el libro de las divergencias”. En *Plural*, 22, México. Disponible en: http://www.mshs.univ-poitiers.fr/crla/contenidos/Cortazar/image.php?Id_img=3582&Code=18.014.
- Sarlo, Beatriz con la colaboración de Carlos Altamirano [2001]. *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel.
- Sebreli, Juan José [1990 (1964)]. *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Vargas Llosa, Mario [1970]. “Luzbel, Europa y otras conspiraciones”. En Óscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*. México: Siglo XXI.
- Urondo, Francisco “Paco” [1970]. “Julio Cortázar: El escritor y sus armas políticas”. En *Panorama*, Buenos Aires, 24 de noviembre. Disponible en: <http://www.mshs.univ-poitiers.fr/crla/contenidos/Cortazar/fiche.php?Code=25.02&Cle=catalogue>.